

www.elboomeran.com

ARTHUR POWER

Conversaciones con James Joyce

Prólogos de David Norris y Clive Hart

Traducción de Juan Antonio Montiel



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

11	Prólogo, <i>por David Norris</i>
25	Prólogo a la primera edición, <i>por Clive Hart</i>
29	Prefacio
31	Capítulo I (a modo de preludio)
53	Capítulo II
71	Capítulo III
81	Capítulo IV
87	Capítulo V
91	Capítulo VI
105	Capítulo VII
113	Capítulo VIII
123	Capítulo IX
131	Capítulo X
147	Capítulo XI
153	Capítulo XII
163	Capítulo XIII
169	Capítulo XIV
179	Capítulo XV

I

A modo de preludio

Mi temprano amor por Francia debe haber sido instintivo. Recuerdo que, antes de cumplir catorce años, convencí a mi madre de que pasáramos las vacaciones de Navidad en Boulogne, arguyendo que sería una oportunidad magnífica para mejorar nuestro francés. Luego de cruzar el Canal de la Mancha en un vapor, nos alojamos en un hotel viejo y ruidoso, de largos corredores, situado en una colina cerca de una ancha calle empedrada. Enfrente estaba la enorme iglesia gótica donde mi madre y yo íbamos los domingos a misa, y donde descubrí, fascinado, la diferencia entre el ceremonial francés y el que había conocido en Inglaterra e Irlanda. En el interior mismo de la iglesia, una mujer de chal negro y pañuelo en la cabeza alquilaba a los feligreses unas sillas de altos respaldos, estrechas e incómodas, que convertían en penitencia cualquier intento de arrodillarse y que raspaban ruidosamente el suelo de piedra a la hora de girarlas para oír el sermón. Después estaba la canasta llena de trocitos de pan que pasaba de mano en mano antes de la comunión, y aquella bolsa de seda negra fijada en el extremo de un palo que se acercaba a los fieles para que depositaran el diezmo; y, por último, el pomposo

sacristán, con sombrero de tres picos y báculo dorado, que avanzaba con aire de autoridad, en contraste con el viejo rengo y de sencillo traje negro que ayudaba en la iglesia de Hampstead adonde nos llevaban a escuchar misa los domingos cuando estaba en la escuela.¹

Por la tarde, solía vagar por la ciudad y me sentaba plácidamente en los cafés a escuchar el murmullo de aquella lengua extranjera que ya empezaba a entender, y disfrutaba los distintos olores y sabores, mejores que los que había conocido hasta entonces, y me repetía a mí mismo que todo aquello me encantaba, porque me sentía más en casa que en mi propio país o en Londres.

En la escuela, en Hampstead, sólo había conocido la brutalidad de una horda de jovencitos alborotadores y groseros, un mundo violento y cruel que yo detestaba y que me detestaba a su vez, una jungla de la que parecía imposible escapar. Quizá fuera inusualmente sensible, algo de lo que no podía sentirme orgulloso, porque daba a los otros la oportunidad de abusar de mí; pero las cosas mejoraron cuando una profesora francesa, joven y atractiva, llegó a la escuela. De inmediato percibí lo distinta que era de las maestras puritanas y enjutas a las que estaba

1 Hampstead es un barrio de Londres, ubicado a unos seis kilómetros al noroeste de Charing Cross. Es bien conocido por la elevada clase social de sus habitantes, pero también porque ahí vivieron, en un momento u otro, escritores como Keats, Shelley, Byron, Coleridge, Robert Louis Stevenson, H. G. Wells o D. H. Lawrence, además del pintor inglés John Constable. En la zona hay varias iglesias, de modo que resulta imposible identificar a cuál se refiere Powell.

acostumbrado. Durante los paseos escolares me permitía caminar junto a ella, mientras que al otro lado –y ése ha sido mi destino siempre– iba un joven alto y rubio, discreto y dueño de sí, de apellido Rusborne, que era a quien la profesora prefería realmente y que, en contraste con el ardor de mis sentimientos, parecía bastante indiferente ante el afecto que ella le profesaba.

El tiempo ha emborronado mi memoria y ahora sólo consigo ver mis años juveniles como en medio de una espesa neblina en la que apenas se distinguen unos pocos recuerdos, mientras que otros se han perdido para siempre. Sin embargo, mi recuerdo de *mademoiselle* es uno de los más nítidos; debe haber sido muy atractiva, porque cada vez que pasábamos por determinado lugar unos muchachos corrían a apoyarse en una pared de ladrillos para vernos pasar, y le decían: “Señorita, ¿no nos aceptaría como alumnos de su escuela?”.

Con frecuencia a lo largo de aquellos paseos hablábamos de París, un lugar que, descrito por ella, me parecía alegre y deslumbrante. “Ah, París”, solía decir, “esa ciudad sí que vale la pena, mientras que aquí no hay más que neblina y lluvia”; y me hablaba de la Ópera, de cuya orquesta su padre formaba parte: “Une scène superbe: les loges...” llenos “des gens chics”² que asistían a alguna representación de Verdi o de Rossini. Y después describía el exterior, los boulevards, el resplandor de las lámparas de la calle, los cafés repletos de gente. Alguna vez, con la efervescencia

2 ‘Una escena extraordinaria: los palcos...’ llenos ‘de gente elegante’.

de la juventud, me confió que había tenido un admirador que iba a su casa y al que ella se entretenía en atusarle los bigotes.

Quién sabe por qué, sus descripciones de la vida parisina capturaron mi imaginación juvenil; hoy día pienso que quizás esa profesora despertó algo que ya latía en mi interior, simplemente porque yo me apellidaba Power, que no es más que la adaptación inglesa de Poer —o Poher—, el nombre de una familia normanda que siglos atrás llegó a Irlanda de la mano de Strongbow y se asentó en las cercanías de Waterford.³ Las armas de mi familia son de origen francés: un ciervo llevando una cruz entre las astas —tomado de la leyenda de san Huberto—, con la divisa “Per cruce[m] ad coronam”.⁴

Al origen francés de mi familia se sumó más tarde la influencia de mi abuela, miss Kane, que se crió en Francia y se casó con mi abuelo en la embajada británica de París. Cuando llegó a Waterford recién casada lo primero que hizo fue sustituir la fachada georgiana de la mansión familiar, enorme y cuadrada, por un balcón hexagonal de granito que le daba un aire de *château* francés. Cubrió el salón y la biblioteca de tapices de Lyons y Courtray —uno

3 Richard de Clare (1130-1176), llamado Strongbow, fue uno de los líderes de la invasión cambro-normanda de Irlanda.

4 Según la leyenda, san Huberto, muy aficionado a la caza (razón por la que se lo venera como patrón de los cazadores), se encontró con un venado con una cruz entre las astas y al mismo tiempo oyó una voz que le decía: “Huberto, si no vuelves al Señor y llevas una vida santa, irás al infierno”. La divisa podría traducirse como ‘Por la cruz a la corona’.

de ellos era *El descenso de Perséfone al Hades*, y otro, *El encuentro del rey Salomón y la reina de Saba*—; hizo colocar en la biblioteca un gran tapiz con Neptuno guiando a sus hipocampos por un torrente de espuma, y amuebló el salón principal con mesas de mármol y oro, sillas de estilo Luis XVI y canapés con estampados de *bergère* en los que se veía a un conjunto de pastoras elegantemente ataviadas en amorosa conversación con otros tantos pastores igualmente bien vestidos; todo ello perteneciente a un mundo ahora pretérito: el de la aristocracia.

Cuando la visité de niño, en ese periodo de la vida en que todo es especulación y ensueños, aquella casa georgiana debe de haber dejado su impronta en mi imaginación, con sus tapices, sus mesas doradas, sus espejos y sus muebles azul cielo, rodeada de prados y matorrales y, a lo lejos, al fondo del campo que se extendía frente a la casa, detrás de los árboles que mi abuela había hecho plantar para ocultar su torrente, el espumoso Suir, turbulento e incansable, que, siendo una ría, se abre paso hacia la ciudad de Waterford con la violencia del mar, o avanza velozmente sobre su amplio lecho lodoso, espumeando como el mar alrededor de las boyas. Según me dijeron, mi abuela, a quien no conocí, había intentado acallararlo a toda costa.

Fue a aquella profesora francesa a quien entregué mi ardoroso afecto juvenil. Dos veces a la semana nos obligaban a ir a la pequeña iglesia católica de Hampstead para que un viejo sacerdote irlandés, con la piel arrugada como un pergamino pero todavía apuesto y santo, nos enseñara el catecismo. Nos sentábamos en un banco de la sacristía rodeados del olor del incienso, las flores y las vestiduras

sacerdotales. Recuerdo que, ya entonces, no me impresionaban sus argumentos religiosos, algo que él sin duda notaría, y que lo llevaría a presentir en mí a un futuro rebelde. Algunas veces paraba de hablar, me miraba y decía “Ya sé cómo vas a acabar”, palabras que no he olvidado pese a que no las entendía. Supongo que se refería a que en el futuro dejaría de formar parte de la grey de los católicos practicantes. En todo caso yo continuaba esperando que, milagrosamente, alguna experiencia mística cambiara el mundo en que vivía y me hiciera más feliz.

En las ceremonias religiosas, *mademoiselle* –al fin y al cabo hija de un músico– tocaba el órgano, y recuerdo mi emoción el día en que me comunicó –¡con la galante excusa de que era un muchachito muy fuerte!– que yo sería el encargado de hacer funcionar el fuelle del órgano. El placer que anticipaba al imaginarme que el día de mi primera comunión estaría solo con ella en la pequeña habitación donde se ubicaba el órgano se vio empañado cuando descubrí que mi tarea consistía en mover arriba y abajo una vieja manivela, en un espacio diminuto y lleno de telarañas, y sin poder siquiera sentarme. De hecho, me aburrí y me cansé hasta tal punto que tuve que detenerme varias veces; entonces, en lugar de música, el órgano sólo producía un chirrido, y ella me gritaba “Qu’est-ce qui se passe, alors?”⁵ y yo volvía a bombear, más por amor que por obligación. Ciertamente, aquella no era la idea que yo tenía de cómo había que prepararse para recibir el sacramento.

5 ‘¿Qué sucede?’